



XXI

NUESTRA democracia es, no solamente cristiana, sino también española. Patria mía, tú, que me has dado la primera luz de la vida y que guardarás en paz mis cenizas, porque no puedo creer que Dios me condene á morir, cuando tanto te amo, lejos de tu hermoso seno; tú, que has producido, alimentado á todos los seres que amo; tú, que has inspirado mis sentimientos, mis ideas; tú, la más grande, la más heroica entre todas las naciones; tú, mártir de la historia, que por espacio de siete siglos estuviste dando tu sangre para salvar á Europa de la barbarie; tú, que descubriste en el seno de los mares un mundo tan hermoso como tu rica inagotable fantasía, y plan

taste allí el árbol de la cruz; tú, que en las Navas libraste al mundo de la cimitarra de los almohades, y en Lepanto de la cimitarra de los turcos; tú, que venciste á Carlo-Magno, el guerrero más grande de la Edad Media, á Francisco I, el guerrero más grande del Renacimiento, y á Napoleón, el guerrero más grande de la Revolución; tú, levántate y di á los que te calumnian, ó á los que creen que has nacido para la esclavitud, díles que tu libertad es tan hermosa y tan clara como tu sol; que tu historia es un continuo sacrificio por la emancipación progresiva del hombre; que antes querrás ver á tus hijos muertos, como los has llorado tantas veces desde Sagunto hasta Zaragoza, que verlos arrastrando la vil cadena del esclavo.

.....

Este amor de la patria, de la independencia que en España existe desde los primeros días de nuestra historia, prueba que estos pueblos son libres. Siempre que un pueblo enemigo viene á tocar nuestros patrios lares, el español se levanta y le hiere en el corazón. La libertad de la patria es nuestra diosa, es nuestro eterno inagotable numen. Viene

el cartaginés, é Indostes, é Istolacio, caen á sus plantas exánimes, prefiriendo morir á ver esclava su patria. Vienen los romanos é Indivil y Mandonio, dan su sangre por la libertad y la independencia. El hijo del pueblo, en la cruz, lejos de mostrarse demasiado débil, entona un cántico de victoria que se pierde en el cielo. El primer símbolo de nuestra nacionalidad, no es un sacerdote, ni un guerrero, ni un príncipe; es un pastor. Las crónicas romanas hablan con espanto de este héroe, que por su esfuerzo gigante engendraron las entrañas de la madre España. Su nombre es Viriato. Pastor y sencillo como pastor; avezado á las luchas; frugal, independiente; respirando con gozo el aire de la libertad; reuniendo en torno de su enseña todas las tribus, todas las gentes; amando las montañas como el águila, y las selvas como el león; generoso con el vencido, cruel en la batalla; más grande que sus enemigos, los señores del mundo; apasionado, no sólo de su cuna y de su hogar, sino de toda nuestra privilegiada tierra; gustando de los combates, de la tempestad y de los huracanes; sereno en el peligro, como en su elemento, y

mal hallado con la paz y el regalo: Viriato, el campesino, el pastor, el hijo del pueblo, contiene á los ejércitos vencedores de todas las razas, rompe sus huestes, las desbanda, huye su presencia con la rápida ligereza de la niebla, y vuelve á encontrarlos, descargando su espada centelleante como un rayo; burla á los primeros capitanes del mundo; logra que el Senado Romano, rey de los reyes, le pida la paz y se humille en su presencia, y obliga á sus enemigos á que apelen á la traición para vencerle; mostrando así eternamente las virtudes, la fuerza, el valor que guarda en su pecho nuestro heroico pueblo. Y este ejemplo no fué perdido; los cántabros y los astures aplastaron bajo las piedras de sus montañas el águila romana, y si vencidos, lo fueron más por el destino que por sus enemigos, y si esclavos, huyeron de la esclavitud, refugiándose en brazos de la muerte. Cuando acaba la República romana, acabó la eterna guerra de España. El imperio romano, lejos de contrariar las tendencias y el carácter de nuestra patria, como su obra era la obra de la nivelación de todas las razas, de la igualdad de todas las gentes,

contribuyó y no poco, á dar este carácter de igualdad á nuestra raza, que es su rasgo más distintivo y acabado.

(De la obra *Fórmula del Progreso*. Tomo I, pág. 21, año de 1870.)